



HAL
open science

”El Trabajo de Cuidado y la Subalternidad”

Pascale Molinier

► **To cite this version:**

| Pascale Molinier. ”El Trabajo de Cuidado y la Subalternidad”. 2012. hal-01075702

HAL Id: hal-01075702

<https://hal.science/hal-01075702>

Submitted on 10 Feb 2016

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L’archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d’enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

“El Trabajo de Cuidado y la Subalternidad”

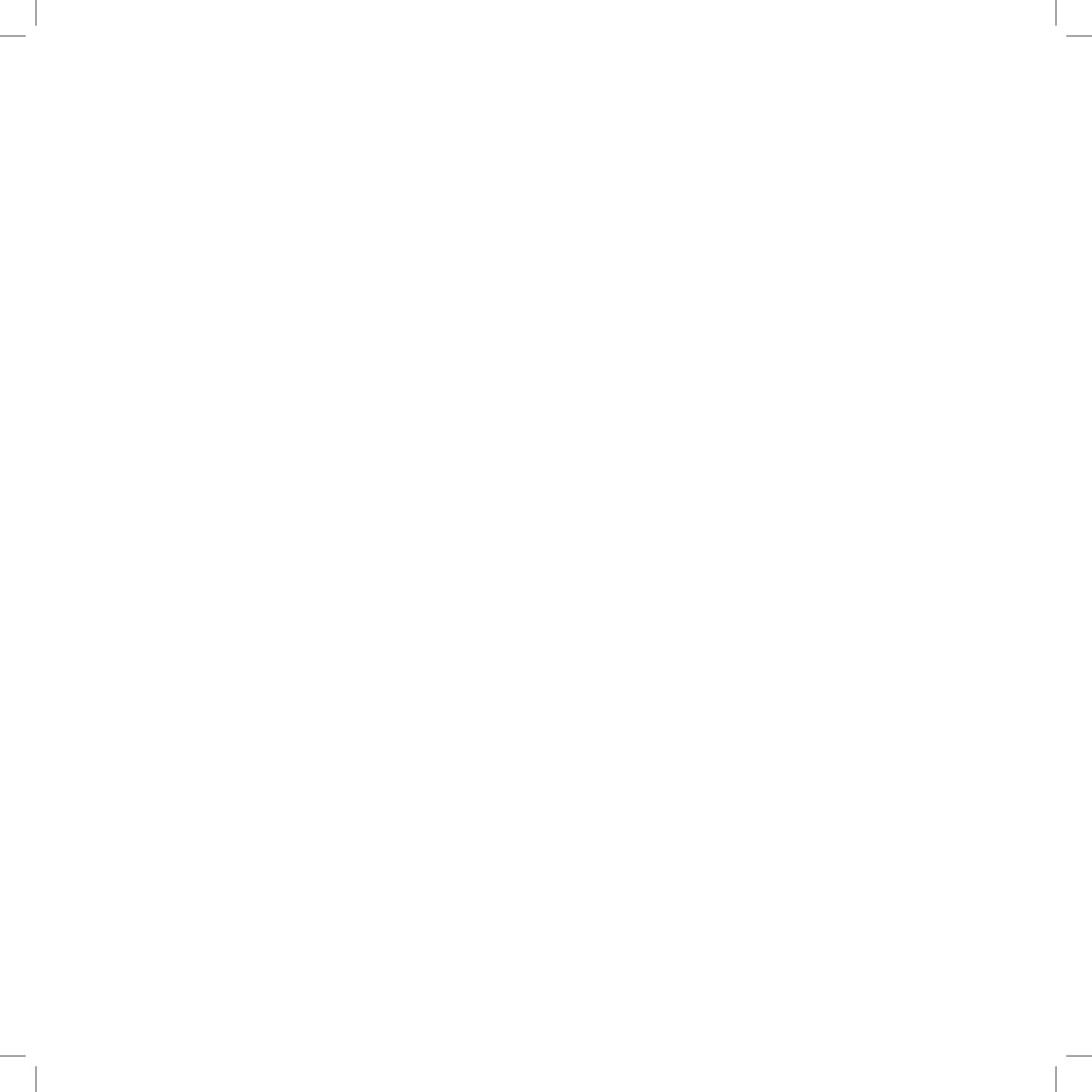
PASCALE MOLINIER

Cátedra Inaugural
Posgrados en Estudios de Género



Bandera

Contenido



Introducción

Para dar la bienvenida a cada cohorte de los Postgrados, la Escuela de Estudios de Género realiza generalmente una Conferencia, abierta tanto para las y los estudiantes inscritos en la Maestría en Estudios de Género y en la Especialización en Estudios feministas y de Género, como para toda la comunidad académica interesada en los temas que se plantean en estos encuentros. Esta cátedra inaugural, ha estado a cargo de distintas académicas cuyo impacto en el pensamiento feminista ha sido crucial para el desarrollo de los estudios de Género a nivel nacional, regional e incluso mundial y su objetivo fundamental es que las y los estudiantes disfruten de un estímulo intelectual profundo para emprender este camino académico que han elegido y que, cómo se verá a lo largo de la intervención que escucharemos hoy, interpela de forma ineludible la vida cotidiana y propone nuevas formas de acción política y ética.

Nuestro compromiso ha sido ofrecer a cada nueva cohorte la posibilidad de conocer distintas aproximaciones teóricas, diferentes experiencias de investigación y maneras de abordar los problemas sociales desde una perspectiva feminista. De este modo, hemos ido haciendo camino al andar en este proceso

de institucionalización de los Estudios de Género que se desarrollan desde los años ochenta en el país. La Escuela de Estudios de Género se ha integrado a la dinámica académica de la Universidad Nacional mediante investigaciones y enseñanzas especializadas en este campo de estudio, sin renunciar a la dimensión ético-política que está implícita en el propósito feminista.

Sin embargo, como se ha señalado en otras oportunidades, la institucionalización de los Estudios de Género dentro de la Universidad es un proceso inacabado: debemos continuar luchando por la viabilidad de este proyecto académico mediante la consolidación de una planta docente adscrita y vinculada a esta unidad. Sigue siendo importante impulsar la visibilidad de los aportes epistemológicos y metodológicos de los Estudios de Género y de la perspectiva feminista a las ciencias sociales en general. Continúa siendo necesario ganar el reconocimiento de nuestra experiencia y reflexiones en torno a la equidad, la justicia social y a las múltiples caras de la violencia de la que son objeto los grupos sociales minorizados: tanto aquellas que se expresan de formas crudas y directas sobre sus cuerpos, como las que vulneran sus senti-

mientos e integridad psíquica y moral o las que naturalizan y legitiman el irrespeto y la subvaloración.

Uno de los conceptos que en los últimos años ha ganado terreno y que articula muchas de las preocupaciones intelectuales, políticas y éticas que han orientado los debates feministas contemporáneos es el del *care*. Este término inglés –que es sustantivo y verbo a la vez– significa, según Patricia Paperman, una disposición a preocuparse por el bienestar ajeno (la sensibilidad con respecto a la vulnerabilidad de los demás y a los vínculos afectivos con quienes nos son próximos) pero también una forma de trabajo que se realiza con el fin de responder a las situaciones de dependencia. Este concepto y los debates intelectuales y políticos que le son asociados son, en gran parte, el eje del trabajo de nuestra invitada de hoy, una de las académicas que más han contribuido, junto a la filósofa Sandra Laugier y a la socióloga Patricia Paperman, a desarrollar y a difundir esta problemática en el contexto francés.

Pascale Molinier se desempeña actualmente como docente investigadora de psicología en la Universidad Paris 13 Villetaneuse. Tiene una formación de psicóloga y ha enfocado su labor académica en el campo de la psicodinámica del trabajo con perspectiva de género, particularmente en los temas de salud mental en las organizaciones y de incidencia del trabajo en la construcción de las identidades sexuadas. Sus investigaciones se han centrado en el trabajo industrial y más recientemente, en el trabajo de cuidado que se realiza en distintos ámbitos, como el hospitalario y el doméstico.

El tema del que hoy nos va a hablar la profesora Molinier es el del trabajo del cuidado y la subalternidad. El título escogido expresa, a mi modo de ver, dos aspectos: el hecho de que el *care* no se refiere únicamente a una disposición psicológica sino a una serie de experiencias y actividades de trabajo y el hecho de que estas labores (que responden de forma concreta a las necesidades de bienestar) son realizadas en buena parte por mujeres, pero no por todas, sino por aquellas mujeres y demás personas que ocupan una posición subalterna en el espacio social, por razones de clase, raza, etnia y condición migratoria entre otras.

El trabajo de cuidado, como lo mostrará Pascale Molinier, tiene una dimensión sociológica como oficio; una fisionomía ética como actividad imprescindible para la reproducción de la vida individual y colectiva y un cariz político relacionado con el silenciamiento que se ha producido sobre el vínculo entre estas labores, el poder y la supuesta autonomía de la que gozan ciertos grupos sociales privilegiados.

Las actividades de cuidado han sido ampliamente subvaloradas, entre otras razones, porque se han concebido como tareas reservadas a las categorías sociales subalternas y como parte constitutiva de lo que las define como tales. En el caso de las mujeres, el trabajo de cuidado –que incluye no sólo las acciones y gestos sino las intenciones que permiten mantener, reparar y sostener nuestras vidas cotidianas– ha sido percibido como una prolongación de su naturaleza y por lo tanto como una labor que debe ser realizada en forma gratuita o mal remunerada. Y a pesar de tener una importancia

vital, que se pone en evidencia cuando no se realiza, es rotulado y compensado como el trabajo más rutinario, fácil, desprovisto de conocimiento; como el que menos especialización y competencias profesionales y psicológicas requiere, y por esto mismo, como el que está generalmente destinado al olvido. Sólo su ausencia revela la interdependencia y la vulnerabilidad a la que estamos expuestos todas y todos, pues nadie puede pretender ser autosuficiente en el largo plazo, en ningún dominio de la existencia.

Si bien todas y todos estamos en mayor o menor medida “en el centro de una red compleja de relaciones de cuidado”¹, la perspectiva feminista sobre el trabajo y la ética del cuidado ha enfatizado dos asuntos aparentemente contradictorios: en primer lugar, el hecho de que la vulnerabilidad recibe tratamientos diferenciados según líneas de género, clase y pertenencia étnico racial, distinguiendo el tipo de cuidados que se recibe y el tipo de cuidados que es posible procurarse. En segundo lugar, la necesidad de desplazar el foco de atención social, de la autonomía personal (como supuesta solución de todos los problemas sociales) a la conciencia de nuestra vulnerabilidad constitutiva como seres pertenecientes a esta común humanidad.

Resolver esta contradicción aparente (puesto que en realidad es la afirmación de un mismo proyecto de sociedad) exige organizar de manera distinta el trabajo

1 TRONTO, J. (2005): “Cuando la ciudadanía se cuida: una paradoja neoliberal del bienestar y la desigualdad, en: RINCÓN, A. (coord.) *Congreso Internacional Sare 2004: ¿Hacia qué modelo de ciudadanía?*”, Vitoria-Gasteiz, Emakunde

de cuidado y distribuir más amplia y equitativamente las responsabilidades sociales del mismo, redefiniendo los valores que orientan, no sólo las interacciones sociales, sino también las relaciones con los objetos y con el medio ambiente. De este modo, el trabajo y la ética del cuidado harían parte de un proyecto feminista de transformación social que impactaría a toda la sociedad y produciría otro tipo de subjetividad social.

Este vasto programa suscita reflexiones ético-políticas como las siguientes: ¿qué aportes pueden hacer los postulados del trabajo y la ética de cuidado a las sociedades actuales en las que se tratan las desigualdades sociales en términos de sufrimiento psíquico, desplazando la atención de las causas a los efectos de estas desigualdades? Y, ¿de qué forma pueden hacerlo en momentos en los que se evalúa el grado de civilización de una sociedad con base en su capacidad para hacerse responsable de brindar servicios y cuidados de calidad a las personas?

Para responder a estas preguntas, no se puede olvidar -como lo recuerdan Pascale Molinier, Sandra Laugier y Patricia Paperman en su introducción al libro titulado “¿Qué es el *care*?”²- que la promesa de una sociedad más atenta a la importancia del trabajo y la ética del cuidado no puede cumplirse sin una transformación política radical, que trastoque las jerarquías y fronteras en los modos binarios de pensar las relaciones entre lo público y lo privado, lo moral y lo político,

2 Molinier (Pascale), Laugier (Sandra) et Paperman (Patricia). « *Qu'est-ce que le care? Souci des autres, sensibilité, responsabilité* » sous la direction de Petite bibliothèque Payot,

la imparcialidad y el compromiso; entre los sexos, las categorías sociales y los países.

No me resta sino agradecer muy especialmente a Pascale Molinier por todo lo que nos ha enseñado sobre

el *care* a lo largo de estos años y por haber aceptado la invitación de Escuela de Estudios de Género a compartir, con la comunidad académica sus reflexiones al respecto, dando así inicio al trabajo académico de la XII Cohorte de la Maestría y de la IX de la Especialización.

Mara Viveros Vigoya

Directora Escuela de Estudios de Género

Bogotá, 2 de marzo de 2012

Trabajo de Cuidado y Subalternidad

*E*stoy muy feliz y me siento muy honrada de estar entre ustedes esta tarde. Personalmente, tengo una gran admiración por la historia de la Universidad Nacional y por el papel que ésta juega en la formación intelectual del país. He tenido la oportunidad y la suerte de estrechar lazos de cooperación con la Escuela de Estudios de Género desde hace algunos años, en particular con las profesoras Mara Viveros, Luz Gabriela Arango y Ochy Curiel. Deseo agradecer especialmente a Mara Viveros por la confianza que ella deposita en mí al darme hoy la palabra. Los intercambios que he podido realizar con profesores y con estudiantes de la Escuela, han sido siempre, para mí, muy estimulantes y fructíferos. Espero que la creación del Instituto de Género en el CNRS (Centro Nacional de la Investigación Científica) en Francia, del cual yo soy codirectora, sea una oportunidad para afianzar aún más nuestros lazos.

Como ustedes saben y lo pueden escuchar, soy francesa. Escribí la conferencia en francés y mi amiga Clemencia Montalvo la ha traducido. Le agradezco a ella y les solicito a ustedes toda su comprensión por mi pronunciación. Mi conferencia se titula “Trabajo de cuidado y subalternidad”.

Nos encontramos en el siglo XXI y estamos saliendo de lo que llamaré “la civilización del trabajo”¹. Esta ha caracterizado a las sociedades occidentales, especialmente europeas, durante todo el siglo XX. Estas sociedades conocieron el pleno empleo masculino, el crecimiento del empleo femenino, la adquisición de derechos fundamentales en la seguridad social como la cobertura en salud, pensiones y el derecho a la formación.

El avance de las sociedades industriales estuvo acompañado por el desarrollo de las ciencias del trabajo. Sabemos que el paradigma dominante, durante este mismo período, fue el trabajo obrero masculino,

¹ Tomo la expresión “civilización del trabajo” que aparece en la portada de *Le Travail et l’Homme, 1959*, edición electrónica de las conferencias y las entrevistas organizadas por Los Encuentros Internacionales de Ginebra, publicación original: Neuchâtel, Les éditions de la Braconnière. “La noción de trabajo, hoy en día, reviste, en nuestra sociedad activista e industrializada, una significación nueva, al punto que nuestra civilización puede calificarse o llamarse una civilización del trabajo. Lejos de ser una servidumbre fatal o una expiación, el trabajo está glorificado como un medio que permite transformar radicalmente las condiciones de la vida humana. No hay duda de que el hombre encuentra en el trabajo alegría y tranquilidad. ¿Pero este equilibrio no es inestable y precario? (...) La mecanización ha despersonalizado el trabajo industrial al punto de hurtarle toda iniciativa. ¿Cómo invocar de otra forma la alegría del trabajo liberador?”

aunque el objeto de estudio fuera el trabajo de las mujeres. En Francia, por ejemplo, durante los años 60, la mayoría de investigaciones fundadoras de la ergonomía en lengua francesa, apareció en los sectores de actividades feminizadas como la electrónica, la confección y la información telefónica. Sin embargo, cuando se trataba de generalizar los datos, la obrera especializada se convertía, en el texto del investigador, en un “trabajador” indiferenciado.

Todos los ejemplos que criticaban la ideología tayloriana y valorizaban la inteligencia de “los trabajadores”, fueron redactados en masculino². Esta neutralización de las obreras reales en la figura abstracta del trabajador dejó el campo libre a prejuicios tenaces según los cuales las mujeres se adaptaban mejor a los “trabajos aburridos y fáciles”. El trabajo repetitivo en cadena era estrictamente equivalente a monotonía y simplicidad e igual se pensaba en relación con los trabajos de servicio doméstico.

La civilización del trabajo consistió también en una apología moral del mismo. La categoría del trabajo abarcaba, en ese entonces, aquella del empleo o del oficio. Las actividades domésticas estaban excluidas. Las mujeres en el hogar no “trabajan”.

Es sobre todo el hombre – *homo faber* - quien se hace haciendo. Gracias al trabajo, él prueba su valor y se hace mejor. ¡Ay de quien pierda su trabajo! Pues el desempleo no solamente es percibido como una in-

2 Teiger, C. « Les femmes aussi ont un cerveau ! Le travail des femmes en ergonomie : réflexion sur quelques paradoxes. » *Travailler*, 15, 2006, pp. 71-130.

justicia social, sino como una desgracia para la moral. Al trabajo se le reconoce un lugar protagónico en el avance de la civilización, así como en la construcción del sujeto psicológico. El trabajo es una promesa de felicidad, de realización personal, de salud mental.

Por supuesto, a nadie se le escapa que el trabajo real, la mayoría de las veces, no está a la altura de estas ambiciones perfeccionistas. En la tradición marxista, se trata de luchar contra el “trabajo muerto”, el “trabajo alienado”, para liberar el “trabajo viviente”.

Pocas voces se levantaron entonces para señalar que la fascinación de los intelectuales occidentales por aquello que ocurre “en una fábrica, en una escuela, en las barracas, en una prisión, en una estación de policía”³ deja completamente de lado la división internacional del trabajo. El célebre texto de Gayatri Spivak, “¿Pueden los subalternos hablar?”, publicado en 1988, es una excepción notable⁴.

A pesar de que mi punto de vista establece pocos lazos con el de Spivak, utilizo el término de subalterna -dentro de una acepción bastante cercana a la suya- para designar a “las mujeres que se someten a una opresión de clase” (teniendo muy claro que la clase tiene frecuentemente un color y/o un origen migra-

3 DELEUZE Gilles citado por Spivak, página 309 de la siguiente referencia.

4 SPIVAK Chakravorty Gayatri. Can the Subaltern Speak? En C. Nelson, L. Grossberg (éds). *Marxism and the Interpretation of Culture* (pp. 271-313). Champaign : University of Illinois Press. 1988. ¿Puede hablar el subalterno? *Revista Colombiana de Antropología*, Volumen 39, 2003, pp. 301-363.

torio intra o transnacional⁵). Estas mujeres no están representadas (lo que quiere decir que ellas no tienen la sensación de estarlo) dentro de las prácticas y los discursos hegemónicos, en particular dentro del feminismo. Desde esa perspectiva, la pregunta de Spivak -“¿Pueden las subalternas hablar?” - está marcada por el sello de la extrañeza porque hablar, hacer escuchar su voz, es justamente salir de la subalternidad.

¿Quién, en la sociedad colombiana, por ejemplo, no ha escuchado la voz de las madres comunitarias? Esta voz es perfectamente audible pero no está en igualdad de condiciones con otras. Hoy, posiblemente, se trata menos de un problema de la voz para ser oída, que de un problema persistente de escucha. ¿En qué sociedad esta voz sería igual a las otras, como aquella de la justicia o de la economía, por ejemplo?

Postular la “sociedad del cuidado”, como candidata feminista a la sucesión de la viril “sociedad del trabajo”, no significa que el trabajo obrero haya desapa-

5 A propósito de la migración interna, ver: *La inserción laboral de las mujeres inmigrantes negras en el servicio doméstico de la ciudad de Cali*, Programa Editorial Universidad del Valle, 2008, de Jeanny Lucero Posso Quiceno. A propósito de la migración Sur-Sur ver, de Carolina Stefoni, Mujeres inmigrantes peruanas en Chile *Papeles de Población*, julio-septiembre 2002, n° 33, Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca, México, pp. 118-145. De Marcela Cerruti, Gender and Intra-Regional Migration in South America, United Nations Development Programme Human Development Reports, *Research Paper 2009/12 April 2009*. De Corina Courtis y María Inés Pacecca, “Género y trayectoria migratoria: mujeres migrantes y trabajo doméstico en el Área Metropolitana de Buenos Aires”. *Papeles de Población*, enero-marzo 2010, pp. 155-185. De María Elena Valenzuela y Claudia Mora (editoras), *Trabajo doméstico: un largo camino hacia el trabajo decente*. Santiago, Oficina Internacional del Trabajo, 2009. De Natacha Borgeaud-Garciandía, La cuidadora domiciliaria de ancianos: de la poca visibilidad de su desempeño laboral, *Trabajo y sociedad*, N° 19, junio 2012.

recido actualmente. Éste se ha desplazado sin cesar, partiendo de Europa hacia los países emergentes, con obreros y obreras peor pagados, más precarizados y menos protegidos por las legislaciones.

Numerosos estudios empíricos y teóricos, notablemente en América Latina, le han sido consagrados. Pienso en particular en los estudios sobre la subcontratación internacional de obreras en las fábricas textiles conocidas como maquilas o maquiladoras⁶. Pero esos estudios son diferentes de los que se hacían durante los años 90. Éstos muestran que debemos cambiar de escala para adoptar la de lo local/global a la vez sobre los planos teórico y político. Por otra parte, ahora se ha hecho evidente que el sistema de género juega un papel central sobre las formas de dominación asociadas al trabajo. Además, en la medida en que las obreras están, en su mayoría dentro, de las maquilas, hoy no podemos estudiar sus situaciones de trabajo sin analizar también su impacto sobre la organización de la vida familiar, la economía erótica o la redistribución de las relaciones de poder entre los hombres y las mujeres⁷.

6 BORGEAUD-GARCIANDÍA, Natacha. Dominación laboral y vida privada de las obreras de maquilas textiles en Nicaragua, En *Trace*, n°55, 2009. <http://trace.revues.org/index758.html> De la O, María Eugenia, El trabajo de la mujer en la industria maquiladora de México. Balance de cuatro décadas de estudio En *Revista de Antropología Iberoamericana*. Vol. 1. N°3, 2006. De la O, María Eugenia y QUINTERO Cirila (coords.), *Globalización, Trabajo y Maquila*. Plaza y Valdés, México, 2002. Rocío GUADARRAMA Rocío y TORRES José-Luis (coords.) *Los significados del trabajo femenino en el mundo global. Estereotipos, transacciones y rupturas*. Antropos Editorial-UAM, Barcelona, 2007.

7 Ver FRIEDMAN SÁNCHEZ, *Ensamblar flores y cultivar hogares. Trabajo y género en Colombia*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2008.

En breve, no solamente los mapas y los contenidos del trabajo obrero se han transformado, sino que el auge de los estudios de género y los estudios postcoloniales ha acompañado esas transformaciones, renovando sus lugares y sus formas de análisis.⁸

Los estudios de género y los postcoloniales han jugado igualmente un papel preponderante en la aparición de un nuevo paradigma: el del trabajo del cuidado; lo encontramos en el centro de numerosas problemáticas sociales y de investigación, a nivel internacional. En el Japón, por ejemplo, las personas de más de 65 años representan un 22% de la población, lo que hace de ese un país una nación “super envejecida”. Ahora, las mujeres japonesas trabajan cada vez más, aunque con frecuencia lo hagan solamente medio tiempo. No tienen la disponibilidad de ocuparse gratuitamente de las personas de edad de su familia. De ahí la necesidad de inventar sistemas institucionales de cuidado económicamente viables y de reclutar personas que se ocupen de las personas mayores.

Esos empleos serán allí mal pagados (65% del salario medio de un hombre en tiempo completo), como en cualquier lugar del mundo. Estos bajos salarios se explican por el hecho de que ese trabajo era realizado gratuitamente, atendido como parte normal del traba-

8 Sin hablar de los “estudios decoloniales”, como se han denominado los estudios propuestos por el Grupo modernidad/colonialidad, conformado a finales de la década del noventa por Aníbal Quijano, Enrique Dussel, Walter Dignolo, Edgardo Lander, Santiago Castro-Gómez, Catherine Walsh, Ramón Grosfoguel, Arturo Escobar y Nelson Maldonado-Torres.

jo de la mujer y confundido con el amor o la solidaridad familiar.

Atender al otro no es solamente un movimiento afectivo: el cuidado implica una práctica. Desde la perspectiva del cuidado, el trabajo juega un papel central. Romper con los modelos existentes en la civilización del trabajo implica acabar con una manera hegemónica de pensar. Sin embargo, no por ello se trata de abandonar la idea de que la posibilidad de entender las situaciones psicosociales contemporáneas, pasa por el análisis del trabajo sino todo lo contrario. Por ejemplo, si no pasamos por un análisis riguroso del trabajo y de las formas de subjetividades que implica, las teorías de la interseccionalidad correrían el riesgo de transformarse, a mi modo de ver, en letanías vanas de categorías fetiches. La evocación ritualizada de clases, razas, géneros, orientaciones sexuales, orígenes migratorios, etc., conllevaría el peligro de transformarse en un nuevo discurso hegemónico.

En el dominio de los servicios a las personas, las mujeres no pueden ser neutralizadas ni invisibilizadas. No solamente porque son mayoría entre los asalariados de ese sector, o porque el trabajo requiere competencias que durante largo tiempo han sido naturalizadas en el registro de la feminidad, sino también, porque algunas mujeres son consideradas como las principales beneficiarias de ese trabajo. ¿Cuáles mujeres?

Una publicidad del Estado francés nos permite hacernos una idea de quiénes son. Ésta data del inicio del mandato de Sarkozy y hace parte de la campaña de

promoción de la ley sobre los servicios de Jean Louis Borloo. La propaganda en cuestión pretende que la solución 100% fácil para permanecer como “madre dedicada”, “colega devota” y “mujer realizada”, sea ofrecer servicios a las personas. Dichos servicios son designados como “el producto”, un apelativo, sin duda, “cosificante” y escandaloso⁹.

Las consumidoras de este producto serían supuestamente mujeres blancas heterosexuales de clase privilegiada. Esas mujeres de hoy que acumulan las responsabilidades inherentes a la “doble jornada” están representadas bajo la figura desueta y curiosamente imperialista del ama de casa estadounidense de los años 50. ¿Este “producto” estaría destinado a restaurar la edad de oro de la familia nuclear?

De manera más extensa, ciertos problemas actuales que tematizamos en términos de “crisis del cuidado” están directamente ligados a los avances del feminismo y a la emancipación de las mujeres en los países ricos. No es que estos problemas no conciernan a los hombres; es que dentro de la actual configuración socio-histórica, la responsabilidad de las mujeres que reflexionan sobre asuntos de género, está directamente comprometida.

La socióloga estadounidense Arlie Hochschild fue quien puso en evidencia y problematizó en los términos de una “crisis del cuidado”, su existencia transna-

9 Se puede acceder a otras versiones en: <http://www.aladom.fr/secteur-service/leproduit-fr-pour-agence-nationale-des-services-la-personne-221.html>

cional¹⁰. Ella denomina con ese término el hecho de que las mujeres de los países ricos contratan -para el cuidado de sus niños- a mujeres emigrantes provenientes de los países más pobres. Estas mujeres, confían generalmente sus propios hijos a otras mujeres de su entorno que permanecen en el país, proceso que podemos considerar como la cadena internacional del cuidado. Los niños de los países ricos ganan en calidad de cuidado, ya que esas mujeres emigrantes, desarraigadas, privadas de sus propios hijos, dicen desplazar toda su atención y su afecto a los niños que cuidan. Pero ¿Y sus propios hijos? ¿Sufren ellos una falta de cuidado?

La encuesta llevada a cabo por Rhacel Parreñas entre los niños, ya adultos, de las empleadas domésticas filipinas emigradas, muestra que ellos se quejan de la ausencia de sus madres, aunque hayan sido dejados al cuidado de la abuela o de una tía de quien reconocen que se ha ocupado muy bien de ellos¹¹.

Esta ingratitud es injusta si consideramos que esas madres aceptaron dejar sus hijos para ganar algo de dinero y asegurarles así sus estudios y una vida mejor. Sin embargo, ello muestra también que dentro de un sistema de género, en el cual la maternidad significa ante todo presencia y disponibilidad, los esfuerzos realizados por las mujeres trabajadoras y que implican

10 EHRENREICH Barbara Y HOCHSCHILD Arlie R. (Eds). *Global Woman, Nannies, Maids and Sex Workers in The New Economy*. New York : Metropolitan Books. 2002. En español, ver HOCHSCHILD R. A., *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*, Katz editores, Madrid (2003).

11 PARREÑAS SALAZAR Rhacel. *Children of Global Migration : Transnational Families and Gendered Woes*, Palo Alto : Stanford University Press, 2005.

que ellas se ausenten continuamente de sus hogares, generan heridas psicológicas en sus hijos. Ellas y ellos guardan el sentimiento de no haber recibido el afecto, la ternura y la calidad de la presencia que tenían derecho a esperar por parte de una “madre dedicada” en los términos de la antes mencionada publicidad del estado francés.

El perjuicio, aunque es psicosocial, ya que está acentuado por el peso de las representaciones sociales de la maternidad, no deja de ser real: Las madres filipinas emigrantes, lejos de aparecer como las heroínas, a los ojos de sus parientes y conciudadanos, son juzgadas como malas madres.

Espero haber mostrado, con este ejemplo, la dimensión de las problemáticas planteadas por el trabajo de cuidado y la complejidad e importancia que tienen para la vida de las mujeres. No solamente se cuestionan las dispares diferencias Norte-Sur. Parecería, además, que no pudiéramos pensar el Sur sin el Norte y vice versa, lo que cuestionaría el perímetro transnacional de las responsabilidades.

El análisis de los procesos de cuidado también responde a la idea de una solidaridad entre las mujeres, lo que las feministas de la segunda ola buscaron teorizar en los términos de “sororidad” o de “clase de mujeres”. Desde la perspectiva del cuidado, se hace evidente que los intereses inmediatos de las mujeres ricas no son los mismos que los de las mujeres pobres. De ahí se concluye que el sujeto del feminismo, tal como ha sido mostrado por numerosas teóricas, es irremediable-

mente heterogéneo y debe ser teorizado como tal. De lo contrario, sólo representará a las mujeres blancas privilegiadas (y a aquellas que se les asimilan). La perspectiva del cuidado renueva la pregunta de Spivak, no en el sentido de si las subalternas pueden hablar, sino en términos de si las feministas están listas para escucharlas.

Antes que nada, ¿Sabemos qué es el trabajo del cuidado? La socióloga Paula England y la economista Nancy Folbre propusieron definir el trabajo de cuidado (*care*) como un “servicio que se presta a alguien y en el que, quien lo presta, establece un contacto personal (habitualmente cara a cara) para responder a una necesidad o a un deseo que es directamente expresado por el destinatario”¹². Esta definición, tal como lo señala Rhacel Parreñas, tiene el inconveniente de excluir una gran cantidad de tareas que prestan ayuda a los individuos sin que necesariamente exista una interacción directa o una petición precisa para ser expresada¹³.

Las “ayudantes domiciliarias”, por ejemplo, pasan una buena parte de su tiempo sin preocuparse directamente de la persona, sino de su entorno. Ellas hacen la limpieza, arreglan la cocina; realizan tareas que son esenciales para el mantenimiento del orden en el hogar o domicilio y con ello, la dignidad de las personas de edad o de los discapacitados.

12 ENGLAND Paula England & FOLBRE Nancy, *The Cost of Caring: Emotional Labor in the Service Economy*, *En Annals of the American Academy of Political and Social Sciences*, 561, 1999, pp. 39-51.

13 PARREÑAS SALAZAR Rhacel, *Hostess Work : Negotiating the Morals of Money and Sex*, *En N. Bandelj, Economic Sociology and Work*, vol. 19 de *Research in the Sociology of work*, Bingley, UK : Emerald, 2008.

Para los adultos competentes, la ayuda de alguien en el trabajo doméstico también juega un papel importante en su confort y su autonomía. Pero este trabajo, para ser debidamente realizado, implica siempre una dimensión del cuidado, en el sentido en que exige preocuparse, ya no por las cosas (para lavar, para limpiar), sino del *buen uso* de las mismas por parte de sus dueños o dueñas, en el medio en el cual viven.

La organización de las cosas en una casa es siempre un asunto altamente individualizado. En francés, designamos el hogar como “el interior”, lo que ilustra ampliamente las relaciones que establecemos entre la casa y la interioridad psíquica. La buena empleada doméstica es aquella que sabe moverse sin perturbar el orden físico y psíquico de las cosas, anticipándose a lo que hay que hacer. Cuando este trabajo está bien hecho, borra, como por arte de magia, las huellas del hacer. Todo está limpio, fresco, comfortable y en buena disposición.

“Esperamos de las domésticas -escribe el filósofo Avishai Margalit- que realicen el esfuerzo necesario para que sus patronas las puedan dejar de lado fácilmente y de forma segura”¹⁴. En este orden de ideas, la desaparición de sí misma hace parte de un servicio bien prestado.

Los beneficiarios ganan en confort, en tranquilidad de espíritu y en disponibilidad para consagrarse a otras actividades estimadas como más importantes en

14 MARGALIT Avishai. *La sociedad decente*, Paidós Iberica Ediciones, 1997.

el plano monetario, cultural o en cualquier otro. Esto les permite tener el tiempo para descansar, e incluso para consagrarse a tareas “nobles” de cuidado como las educativas, de escucha o de apoyo a sus parientes cercanos, esposos o hijos. Phyllis Palmer ha mostrado muy bien cómo la figura idealizada de la madre blanca burguesa estadounidense, tierna y atenta, era en realidad indisociable de su opuesto negativo, la figura de la sirvienta negra que realizaba las tareas domésticas físicamente extenuantes¹⁵.

Algunas teóricas piensan que hay que continuar distinguiendo claramente el trabajo doméstico -centrado en los objetos- y el trabajo de cuidado -centrado en los humanos-. No pienso así y tampoco Luz Gabriela Arango, con quien hice la compilación del libro *El trabajo y la ética del cuidado*¹⁶. No integrar al trabajo doméstico dentro de las tareas que aumentan nuestras capacidades como seres humanos (en particular nuestras capacidades para ocuparnos de los otros) es excluir de su perímetro a las trabajadoras más subalternas; es prolongar una forma de violencia epistémica al interior de la teoría feminista.

He insistido en decir que en el paradigma tayloriano, los “trabajos domésticos” representan la quintaesencia de un trabajo a la vez aburridor y fácil. Es, justamente en estos términos, que las feministas de la segunda ola teorizaron inicialmente el “trabajo

15 PALMER Phyllis. *Domesticity and Dirt. Housewives and Domestic Servants in the United States, 1920-1945*, Philadelphia, Temple University Press, 1989.

16 ARANGO Luz-Gabriela y MOLINIER Pascale. *El trabajo y la Ética del Cuidado* (pp. 229-254). Medellín: La Carreta Social. 2011.

doméstico”. Se trataba de un quehacer del cual las mujeres tenían la intención de desentenderse. Hoy en día, no incluir el trabajo doméstico dentro del trabajo de *cuidado* contribuiría a continuar ocultando toda la inteligencia, la atención, la conciencia profesional y las finas competencias psicológicas que éste requiere.

¿Qué interés tendríamos nosotras como feministas en no reconocer, en el trabajo doméstico, el valor que reconocemos en el trabajo de cuidado?

He comprendido, discutiendo con mujeres de los barrios populares, aquí en Bogotá, que ellas designan a las feministas como mujeres que son económicamente privilegiadas. Para mí fue muy curiosa esta percepción, porque esas mujeres, de quienes hablaré más tarde, luchaban manifiestamente contra la dominación y la violencia masculina y en forma más amplia, contra el sistema de género. Sin embargo, visto desde la perspectiva de estas mujeres de sectores populares, las feministas, es decir, las intelectuales de las clases privilegiadas, tienen empleadas domésticas. Puede comprenderse que a éstas, las privilegiadas, no les sea fácil admitir, en su calidad de patronas, que “la mujer que les ayuda” posee unos conocimientos y un entendimiento de sus cuerpos, sus vulnerabilidades, sus dependencias y para hablar de manera coloquial, hasta de su ropa interior.

Cuando se ocupa una posición de poder, es sin duda más confortable excluir del campo de la percepción todo aquello que las trabajadoras domésticas contribuyen a limpiar: deshechos, ropa sucia, sudores cor-

porales¹⁷. Sin hablar de todas aquellas dimensiones de la condición humana que nos recuerdan que somos mortales. Como lo subraya la socióloga Rose-Marie Lagrave, uno de los efectos embriagantes que tuvo la emancipación fue justamente que las feministas de la segunda ola olvidaron pensar en su envejecimiento¹⁸.

Everett Hughes, a quien debemos el concepto de “trabajo sucio”, insiste mucho sobre la función social del olvido¹⁹. La gente que puede delegar el trabajo sucio a trabajadores o trabajadoras estigmatizados, lo olvida después. La segregación y el tabú social son apoyos que permiten el olvido y que desempeñan una función protectora contra la angustia. Por su parte Joan Tronto habla de la indiferencia de los privilegiados y privilegiadas. ¿Cómo no reproducir este olvido o esta indiferencia al interior de la teoría feminista?

Joan Tronto y Bérénice Fischer, proponen definir el *cuidado* como “una actividad característica de la especie humana que incluye todo lo que hacemos con vistas a mantener, continuar o reparar nuestro “mundo”, de manera que podamos vivir en él, lo mejor posible. Este mundo incluye nuestros cuerpos, nuestras individualidades (*selves*) y nuestro entorno, los cuales buscamos tejer juntos en una red compleja que sostiene la

17 MOLINIER Pascale. Empleadoras y empleadas domésticas. ¿Las feministas son mejores patronas? En Arango L.G, Molinier P., *El trabajo y la Ética del Cuidado* (pp. 229-254). Medellín: La Carreta Social. 2011.

18 LAGRAVE Rose-Marie. Un recorrido por la exposición en la Villette: El escándalo del desco en la vejez. En Angulo Cortes L., Molinier P., Viveros M. *Y el amor ¿cómo va?* (pp. 151-166). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. 2009.

19 HUGHES Everett. *The Sociological Eye: Selected Papers*. New Brunswick: Transaction Books, 1971.

vida”²⁰. Encuentro sumamente interesante esta amplia definición - que incluye hasta la ecología y el cuidado de nuestro planeta- y quisiera, a propósito, evocar una situación que la muestra como aún más compleja de lo que parece, dadas sus implicaciones.

Rhacel Parreñas realizó una investigación participativa en un bar de damas de compañía (*hostess*) filipinas en Japón²¹. Estas mujeres definían su trabajo como un trabajo de apoyo; como un oficio reconfortante que ellas efectuaban, mostrando signos de afecto, con el propósito de fidelizar a sus clientes. A esos directivos, ejecutivos u hombres de negocios, decían ellas, les hacía falta ternura. “Ellos están verdaderamente contentos de que nos preocupemos por ellos y de que pensemos en ellos”. Un simple “buenas noches, que tenga buenos sueños, les es suficiente”, dice una de ellas.

Estas manifestaciones de cuidado son una iniciativa de las mujeres. Ellas se involucran en los rituales prescritos por los propietarios de los clubes, según los cuales ellas deben demostrar, en cada uno de sus gestos o de sus posturas, una extrema sumisión (por ejemplo, no beber nunca antes de que el cliente lo haya hecho, encenderle su cigarrillo, bajar la cabeza en signo de sumisión, etc.) En fin, las mujeres deleitan a sus clientes con relatos en los cuales ellas ponen en escena su condición de mujeres pobres del tercer mundo, con el fin de que ellos expresen piedad, amabilidad y mag-

20 TRONTO Joan. *Moral Boundaries: A Political argument for an ethic of care*. New York: Routledge. 1993.

21 PARREÑAS SALAZAR Rhacel. *Hostess Work: Negotiating the Morals of Money and Sex*, op. cit.

nanimidad. Así, el trabajo de las mujeres contribuye a preservar el equilibrio psíquico de los clientes, al aumentar su sentimiento de virilidad, ampliando las desigualdades entre las mujeres y los hombres; entre Japón y Filipinas.

¿Es este el mundo que deseamos “mantener, continuar y reparar?” El trabajo de cuidado, como está bien expresado en la intención de Tronto, se convierte en una cuestión política y de justicia social. Una sociedad de cuidado plantearía estas cuestiones como centrales. ¿Quién se beneficia del cuidado y quién lo da? ¿Sobre qué apoyos descansa la fuerza de unos en detrimento del respeto de las otras o los otros?

Para marcar bien la diferencia, digamos que en la actualidad esas *damas de compañía* están asimiladas a prostitutas y que ese grupo debe luchar para ser reconocido y acceder al privilegio de entrar en la categoría de “trabajador”, con la dignidad y los derechos que ésta confiere. Al rechazar la terminología de “trabajadores o trabajadoras sexuales”, las feministas abolicionistas vuelven a traer a escena los viejos antagonismos viriles de la civilización del trabajo, con la decadencia moral como estigma que censura a aquellos o aquellas que no “trabajan”.

Quiero hacer una corta digresión sobre una investigación que realicé, en el año 2009, en una asociación de mujeres cabeza de familia en Bosa (Bogotá-Colombia), esta asociación, es descrita por sus líderes como una “forma de vida”: “Una de las principales necesidades de las mujeres es la de ser escuchadas sin ser juzgadas.

Es muy importante el cuidado entre nosotras²². Esta atención recíproca que se brindan termina aliviando el déficit de cuidado que caracteriza masivamente las trayectorias personales de las asociadas, marcadas por la violencia y la explotación intrafamiliar, así como por condiciones de trabajo difíciles.

La investigación se centraba en el trabajo doméstico remunerado. Pienso que es necesario hacer un gran esfuerzo contra la mayoría de nuestros marcos de pensamiento militante para poder comprender que dar la vuelta al sentido habitual del cuidado, (es decir, crear las condiciones colectivas de reciprocidad que permitan proporcionar cuidado a aquellas que no tuvieron suficiente), no es caridad sino política. Un individuo no puede desarrollarse plenamente y especialmente como sujeto político o sujeto de sus derechos, si primero no ha restaurado o reforzado sus capacidades humanas.

Carol Gilligan, a quien debemos la primera teorización de la ética del cuidado²³, opone una ética **feminista** del cuidado, a una ética **femenina** del cuidado²⁴. Según Gilligan, la capacidad de preocuparse por el otro es inherente a nuestra naturaleza humana pues somos seres que establecen vínculos.

22 Vale la pena subrayar que el hecho de que intercambiar cuidados entre mujeres subvierte la idea común de que éstas se hallan destinadas a no poder ser solidarias entre ellas porque han sido irremediamente construidas como rivales.

23 GILLIGAN Carol. *En A Different Voice*. Cambridge: Harvard University Press. 1982. Trad. Esp. *La moral y la teoría. Psicología del desarrollo femenino*. Fondo de Cultura Económica, 1994.

24 GILLIGAN Carol. *Le care, éthique féminine ou éthique féministe?* *En Multitudes*, 37-38, 2009, pp. 76-79.

Dentro del sistema patriarcal, los niños, desde temprana edad, son invitados a renunciar al desarrollo de sus capacidades de empatía y de establecimiento de relaciones. El Yo se concibe como separado, como autónomo, existente fuera de las relaciones y de los sentimientos. El pensamiento abstracto se privilegia; se prefieren las generalidades a las historias particulares, las visiones universales a las personales. Se traza una frontera clara entre el egoísmo y el altruismo: todo lo que yo hago por usted me priva de alguna cosa y viceversa. Si yo hago alguna cosa por mí, yo no ayudo a los demás.

Dentro de esa visión patriarcal, el cuidado, dice Gilligan, “se concibe como una ética femenina, es decir, desinteresada (*selfless*) y altruista tal como son las mujeres ‘buenas’ y ‘dedicadas’²⁵. El trabajo del cuidado se convierte en la actividad de “ángeles o de santas”. A unos y a otras, como es bien sabido, no es necesario pagarles.

A la inversa, dice Gilligan, “cuando Virginia Woolf explica que ella tuvo que matar al ángel puro del hogar para reivindicar una voz y un espíritu que le pertenecieran, ella considera que actuó en legítima defensa: ‘si no lo hubiera matado, él me habría matado’”

Gilligan agrega: “Pero al reivindicar una voz y un espíritu que le fueran propios, Virginia Woolf reivindicaba o se apropiaba también de las relaciones. Incorporando su voz en su escritura, se liberaba de la pará-

25 GILLIGAN Carol. *Résister à l'injustice : une éthique féministe du care*. Texto inédito.

lisis del desinterés o ausencia de sí misma (*selflessness*) y entraba igualmente en relación con sus lectores”²⁶. Virginia Woolf salía de la clandestinidad al encontrar su voz: la voz de su auto-representación o auto-definición, dicho en los términos de Teresa de Lauretis²⁷.

La auto-representación rompe con la violencia epistémica del Sujeto dominante, sea este el del Occidente o el del feminismo. Lo que describe Gilligan en términos de ética feminista del cuidado es exactamente el tipo de conexión consigo misma y con los otros que es buscado por las mujeres de la Asociación en Bosa. Sería necesaria una fuerza psicológica descomunal para lograr sobrellevar completamente sola el déficit de confianza en sí misma que implica haber sido objeto precoz de la violencia de sus cercanos y/o de haber ocupado las posiciones más subalternas y haber realizado las tareas más serviles en su propia familia, para sus patrones y dentro de la sociedad en general.

La Asociación y sus líderes juegan un papel primordial de apoyo y de *cuidado*. La ética feminista del cuidado no acepta el postulado de que actuar para los otros significa sacrificarse y que, actuar para sí mismo, se hace a expensas de los demás. De este modo, se corrige una ética femenina del cuidado: reconociendo que el desinterés y la abnegación, no son la quintaesencia de la bondad femenina sino que son, en realidad, moralmente problemáticas. Es problemático abdicar de su propia voz.

26 GILLIGAN Carol. *Résister à l'injustice*, op. Cit.

27 De LAURETIS Teresa. La tecnología del género, En MILLAN DE BENAVIDES C., ESTRADA, A. M., *Pensar (en) género. Teoría y práctica para nuevas cartografías del cuerpo*, Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2004, páginas 202-235.

Todas las mujeres que pasan por la Asociación comparten el mismo tipo de vivencias difíciles y las líderes sostienen que no es una fatalidad del destino el que tales historias se repitan. Así, una de ellas puede afirmar: “Mi padre, mis hermanos y mi marido me han golpeado, y por eso yo no soporto que me levanten un solo dedo. Yo he tenido que soportar muchos golpes hasta que un día dije: no quiero sufrir más”. Numerosas líderes dieron testimonio del orgullo de sus hijos que las vieron levantar la cabeza, formarse, aprender a hablar en público. Eso es encontrar su propia voz y así salir de la clandestinidad y de la subalternidad.

El interés de las teorías del cuidado es el de cuestionar “la importancia de lo importante” dice la filósofa francesa Sandra Laugier²⁸. ¿Qué es lo que cuenta? ¿Quién cuenta? La política se preocupa, la mayor parte del tiempo, por “los derechos”: derecho al trabajo, derecho a la pensión, a la salud, a la educación, a la igualdad de trato, etc. No quiero negar la importancia de luchar para obtener los derechos, pero lo que he aprendido, con la investigación en Bosa, es que para muchas personas que no son privilegiadas, lo que es vital o primordial no tiene que ver en primer lugar con la justicia, sino con el cuidado.

Estas personas desean poder vivir en una red de interconexiones de atención. Ellas están dispuestas, a veces, a renunciar a sus derechos (derecho a las prestaciones sociales, por ejemplo) si sienten temor de que

28 LAUGIER Sandra, L'importance de l'important. Expérience, pragmatisme, transcendentalisme, *En Multitudes*, 23, 2005, pp. 153-167.

las reivindicaciones de los mismos pongan en peligro la atención y la simpatía que les expresan sus patrones.

Por supuesto, esta necesidad de cuidado, en las personas a quienes les ha faltado, puede ser instrumentalizada y manipulada por los patrones o las patronas o por diversas organizaciones. Es por esto que la disposición a renunciar en ocasiones a los derechos es percibida como signo de debilidad o de despolitización. Sin embargo, esto no es, de ninguna manera, signo de debilidad. Muchas otras personas dentro de la sociedad se benefician de este apoyo sin haberlo solicitado o sin haber tenido que inventar las condiciones para tenerlo, como sí lo han hecho las mujeres de la Asociación de la cual estoy hablando.

Debemos aprender a desarrollar una sensibilidad moral y política que nos permita reconocer la importancia de encontrar soluciones ajustadas a las necesidades y a las circunstancias específicas que no pueden deducirse de principios generales, aparentemente imparciales.

Las concepciones universalistas de la justicia no lograron convencernos de que ofrecían garantías para las reivindicaciones de las categorías sociales minoritarias. Las éticas del cuidado apuntan a reconfigurar las concepciones de la justicia de manera tal que se incluyan esas categorías, o que se haga más difícil ignorarlas.

El sujeto de las éticas del cuidado es un sujeto que piensa y actúa en función de una experiencia materialmente estructurada por una atención y por unas actividades realizadas para otros. Este sujeto tiene un saber sobre las múltiples formas de la vulnerabilidad, desde la infancia hasta la madurez, pasando por las del adulto competente, que está muy ocupado en “asuntos serios” y no puede encargarse de sí mismo. En un universo regido por los valores de la excelencia, la competencia y la autonomía, ese saber es muy contestatario. Esta ética apela a otra concepción política en la cual la justicia y los derechos no se opongan al cuidado.

“Una sociedad que le diera todo su valor al trabajo del cuidado, dice la socióloga Evelyn Nakano Glenn, no sería solamente una sociedad más agradable y amable sino, sobre todo, una sociedad más igualitaria y justa²⁹.” Una sociedad del cuidado no despreciaría nuestras vulnerabilidades o nuestras dependencias. Esta sociedad tendría la inteligencia de saber que somos seres dependientes y sostenidos de forma desigual e injusta en las relaciones de proximidad. Esta autonomía (la de los dirigentes, los hombres de negocios, las mujeres emancipadas) es una mentira, ya que ésta se sostiene gracias al ocultamiento del trabajo del cuidado y de las personas que lo hacen.

29 NAKANO GLENN Evelyn. Creating a caring society. *En Contemporary Sociology*, 29, 2000, pp. 84-94.

Sesión de preguntas

Primera pregunta

¿Cuál es el lugar de enunciación de quienes hacen el trabajo de cuidado, y cuál es el lugar y el estatus de sus voces en una investigación sobre el trabajo de cuidado?

(ESTUDIANTE DE LA MAESTRÍA EN ESTUDIOS DE GÉNERO)

Este es un tema importante y difícil. A través de mi trabajo, se escuchan las voces de las cuidadoras, aunque no directamente, sino a través de la mía. Tuve muchas oportunidades de comprobar que ellas mismas se reconocen en mis relatos, al menos en Francia. Es difícil no apropiarse de las voces de las y los subalternos. Es difícil conservar el lugar de investigadora. Por otra parte, las voces de las cuidadoras se enfrentan a la dificultad que supone para ellas estar ligadas a las dimensiones tabúes de la existencia: el cuerpo, la sexualidad, la muerte, la vulnerabilidad humana. A partir de esta experiencia, es muy difícil construir una forma de legitimidad pública. Y sobre todo, es difícil que estas voces sean escuchadas, debido a que su retórica no es convencional.

Recuerdo que cuando Luz Gabriela Arango y yo organizamos el Simposio «*El Trabajo y la ética del cuidado*», en la Universidad Nacional, en uno de los paneles, una auxiliar de enfermería empezó a contar una historia, diciendo que se había graduado en una “universidad de garaje”. Y por eso, porque ella no podía aspirar a un buen salario, se le había confiado el cuidado de un anciano cuya familia pensó que se estaba muriendo. Sin embargo, fue tan buena su labor de cuidado, que el anciano había sobrevivido ya muchos meses. Sus hijos rechazaron prolongar su contrato, aduciendo que no la necesitaban más, puesto que él ya no estaba enfermo. El anciano murió pocas semanas después. Las personas que la habían contratado, precisamente por ser «poco cualificada», no podían imaginar que el hecho de que este

hombre hubiera sobrevivido por tanto tiempo se debía justamente a la calidad del trabajo de la enfermera.

Ella contó la historia con un sentido trágico del humor y con una manera de burlarse de sí misma, característica de las cuidadoras. Por supuesto, éste no es el «tono» apropiado para abordar la política y los “asun-

tos serios”; el problema es que si no cumplimos con ese tono particular, se pierde toda “la sal” de la historia y así mismo, su contenido humano y emocional.

Vivimos en distintos mundos. El mundo de las cuidadoras no es el mismo mundo de los responsables políticos o de los intelectuales, por ejemplo. Espero que mi trabajo, sin sustituir la voz de las cuidadoras, pueda ayudar a legitimar, en otros mundos, su universo simbólico y sus formas de expresión.

Segunda pregunta:

¿En qué sentido el trabajo de las trabajadoras sexuales es un trabajo de cuidado?

(ESTUDIANTE DE LA MAESTRÍA EN ESTUDIOS DE GÉNERO).

Trabajo sexual es un sinónimo de trabajo de cuidado y no soy yo quien lo afirma, sino las mimas trabajadoras del sexo. Aquí me refiero, en particular, a los hallazgos de una tesis en antropología realizada por Marina França en l'École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS) de París. Su terreno de investigación era la prostitución en Belo Horizonte, Brasil¹. Todos los testimonios que recogió se enfocan en los aspectos psicológicos y en las dimensiones terapéuticas del trabajo sexual, tales como escuchar, hablar y otras

labores similares incluso, a las realizadas por las y los psicólogos.

Según este estudio, las trabajadoras sexuales valoran y cultivan cualidades como la amabilidad, la educación y la simpatía que, en su opinión, generan más la lealtad por parte del cliente que las capacidades o la belleza físicas. Marina França también entrevistó a los clientes. Un hallazgo interesante es el contraste entre las palabras de las prostitutas y las de estos últimos. Mientras ellos plantean que corresponden al afecto y a la ternura prodigados por ellas, ellas señalan la vulnerabilidad de ellos como clientes (los hombres son más «frágiles», según dicen ellas). Esta visión es bastante

¹ Marina França, *Intérêts, sexualités et affects dans la prostitution populaire : le cas de la zone bohème à Belo Horizonte*, Thèse, EHESS, 2011.

incongruente con la representación clásica del cliente como un macho dominante.

Resulta entonces que si bien la prostitución ha sostenido la construcción de la dominación masculina, no necesariamente lo ha hecho como si se tratara de un espacio de luchas varoniles, sino más bien permitiendo que se expresen veladamente ciertos afectos no varoniles y/o fantasías sexuales desviadas de la normatividad heterosexual. En este orden de ideas,

lo que está sucediendo es que las luchas de las trabajadoras sexuales llaman la atención sobre la dimensión de cuidado que ayuda a los clientes a soportar las coacciones de la virilidad y a mantenerse en el ámbito de la competencia varonil. Como resultado, estas luchas y las teorías que de ellas surgen o que las acompañan contienen una fuerte crítica del patriarcado cuya novedad radica en que no lo atacan a partir de su violencia, sino de su talón de Aquiles: la vulnerabilidad masculina.

Tercera pregunta

¿Qué tensiones se generan entre la reproducción y el cambio del lugar social de las mujeres en el trabajo del cuidado?

(ESTUDIANTE DE LA MAESTRÍA)

No es posible promover el trabajo doméstico y de cuidado sin mencionar que éste se lleva a cabo principalmente por mujeres, pues es evidente también que tal promoción pretende valorizar a aquellas que lo hacen. Esto no significa, por supuesto, que el trabajo doméstico deba ser siempre realizado por mujeres; de ninguna manera se trata de glorificar cualquier alianza entre feminidad y domesticidad.

Es cierto que el trabajo doméstico es indispensable y que no podríamos vivir sin aquellas que lo hacen por nosotras y nosotros. Así las cosas, quienes se benefician de no hacerlo, gozan realmente de un enorme privilegio cuya medida necesita ser cabalmente reconoci-

da: el trabajo doméstico y de cuidado toma tiempo y requiere energía física y mental. Quien no lo realiza, puede concentrarse en otras tareas más visibles y gratificantes, como la ciencia o la política o disfrutar el ocio.

Politizar el cuidado, como dijo Joan Tronto, significa, primordialmente, luchar contra la indiferencia de las y los privilegiados, no sólo porque todas y todos queremos ser servidos, sino porque no queremos sufrir las coacciones del servicio. El trabajo de cuidado es naturalizado en la medida en que no es objeto de debate público. Y es importante señalar que este trabajo no es únicamente central para el sistema de género y las relaciones entre hombres y mujeres, sino

que también es un trabajo que se delega mayoritariamente a las más pobres, de modo que cruza transversalmente al conjunto de la sociedad. Siempre hay

alguien más pobre o más débil a quien explotar: si no es una empleada doméstica, será una hermana o una hija...

Cuarta pregunta

¿Cuáles son los aspectos políticos del trabajo de cuidado?

María Fernanda Cepeda

(EGRESADA DE ANTRPOLOGÍA)

Pensar el trabajo de cuidado ofrece un reto político primordial en la medida en que este trabajo abarca formas de explotación que, como acabo de decir, atraviesan al conjunto de la sociedad y cruzan las fronteras entre países y culturas. Esta explotación se inicia de modo muy «natural» en la familia, en la intimidad de los hogares, en una cotidianidad tan naturalizada que pierde importancia. Muchas personas cuidan de nosotras y nosotras: madres, empleadas domésticas, enfermeras, prostitutas, pero... ¿quién se ocupa de ellas?

La perspectiva del cuidado se convierte en política desde el momento en que se critica el sacrificio de unas en beneficio de los demás y se busca crear las condiciones de reciprocidad y equidad entre los o las que dan y los o las demás, que reciben. La perspectiva del cuidado se convierte en política desde el momento en que se reconoce la contribución de las y los que

cuidan, no sólo con agradecimientos en privado, sino en público, frente a toda la sociedad. Esto no es fácil, entre otras razones porque el trabajo doméstico solo se hace visible cuando fracasa, cuando los objetos que se supone cuidar se rompen, se pierden o se dañan. Como individuos, siempre encontramos buenas razones para estar enojados, ya sea con nuestras y nuestros empleadores(as) o con nuestras y nuestros empleados. En este sentido no existen las y los “buenos patrones”. La fórmula puede parecer radical, pero todos los esfuerzos individuales posibles para serlo son inútiles mientras el tema no esté politizado. Del mismo modo, tampoco existen las «buenas muchachas» (uso el término despectivo deliberadamente). ¿Por qué? Porque en el contexto actual, es difícil no sentir resentimiento contra la injusticia de las desigualdades de clase que las empleadas conocen desde adentro. Ese resentimiento se expresa en voz baja pero constante a través de pequeños robos, venganzas menores. Esto

es tan normal como es estructuralmente desigual la relación entre patrones (as) y empleadas (os).

Politizar el cuidado consiste en atacar de frente esta estructura en sus aspectos materiales (la división social

y sexuada del trabajo) e ideológicos (la naturalización del lugar de la feminidad en el trabajo de cuidado y la devaluación de las personas que lo realizan). Politizar el trabajo de cuidado significa, en última instancia, disparar flechas al corazón mismo del sistema de género.